UN ESTADO – DOS SOCIEDADES: ALEMANIA, CUATRO AÑOS TRAS LA CAÍDA DEL MURO*

Christian Wernicke**

Los alemanes no están para bromas. Y mucho menos con ánimos de reírse de sí mismos. Ni los *Ossis* —los del Este— ni los *Wessis*, —los del Oeste. Pese a esto quisiera comenzar con un chiste:

Dos alemanes se encuentran en la calle: "¡Somos un pueblo!" —grita el *Ossi*. "¡Nosotros también!" —contesta el *Wessi* en tono seco.

31

Confieso que este chiste tiene ya casi dos años. Pero sigue describiendo, aún treinta y siete meses después de la unificación, el estado de ánimo de los alemanes. Lo único nuevo es que, entretanto, pueden contarlo intercambiando los papeles. No sólo los alemanes del Oeste, también los del Este perdieron hace mucho la euforia de la unidad. ¿Qué ha ocurrido para que los alemanes, cuatro años después de las lágrimas de alegría en la Puerta de Brandenburgo, hablen hoy más bien con amargura e incluso cinismo, unos de otros, y consideren la unidad una montaña de problemas, más que un valle de alegría?

* Texto leído por el autor en el ITAM-Río Hondo el pasado octubre.

** Redactor de *Die Zeit*, Hamburgo.

Christian Wernicke

Permítanme tratar de aproximarme a una respuesta en cuatro etapas. Primero se necesita echar una mirada retrospectiva antes de 1989. En una segunda fase, a grandes rasgos me propongo ilustrar las principales estaciones del proceso de unificación, pues sólo así se explica la imagen actual de la República Federal —tercera etapa. Finalmente quiero bosquejar algunas tendencias de las discusiones actuales en Alemania.

1. ¿Qué había antes de 1989?

Suena tan banal, que hoy se suele olvidar. Alemania no sólo estaba dividida en dos Repúblicas. Los dos Estados alemanes pertenecían a sistemas totalmente distintos. El muro y las alambradas de púas resultaron eficaces. No sólo evitaron que los alemanes del Este huyeran hacia el Oeste. También bloquearon la vista en dirección Este a los del Oeste. Cada quien vivía para sí mismo. En otras palabras: la división de los ochenta millones de alemanes en dos sociedades es un legado de la división y no una consecuencia de la unificación estatal.

32 Uno se había hecho a la idea de la división, al menos en la rica Alemania Occidental. De su carácter transitorio inicial, la república de Bonn se había convertido en un Estado estable mucho tiempo atrás. Aunque carecía de identidad nacional, tenía una legitimación propia: no sólo los conservadores, también los liberales y los de izquierda iban aceptando cada vez más la fórmula de un "patriotismo constitucional" germanoccidental en términos de un Estado de derecho liberal. Y una "democracia distributiva" aliviaba los conflictos sociales gracias a un bien desarrollado sistema de bienestar. La gente vivía bien y a gusto en Occidente. Se sentía mucho más cercana a Francia, España e Italia que a los lejanos hermanos y hermanas del desconocido y sombrío país detrás del muro.

Muy distinto era el estado de ánimo en el Este. Ciertamente, también en este caso, la gente se había hecho a la idea de vivir con la dictadura del partido socialista. No se vivía en la desdicha pero sí en el descontento. Al igual que en el trabajo, el colapso económico de la R.D.A. se hacía evidente al mirar en las vitrinas de los comercios. Tanto la crítica abierta como los viajes a Occidente estaban prohibidos. La gente se retraía en la vida privada, en círculos de amistades y en la familia. Y millones de ciudadanos

ALEMANIA CUATRO AÑOS DESPUÉS

de la R.D.A. se sentaban frente al televisor, a más tardar a las ocho de la noche, a ver las noticias y programas de entretenimiento de Alemania Occidental. Esta "huida mental" por encima del muro idealizaba a Occidente y alimentaba su sensación de que los alemanes del Este eran los únicos que tenían que pagar el precio de la Segunda Guerra Mundial y de la división de Alemania: tampoco en el Este se sentía una ansiedad de *pathos* nacional ni de renacimiento de un Reich. Pero, a diferencia del Oeste, se mantuvo vivo el objetivo de reunificación. La reunificación, que era sinónimo de una vida más libre y mejor. Era el tan ingenuo como comprensible sueño de la occidentalización del Este.

Así, fueron dos mundos los que se abrazaron a la sombra del muro el nueve de noviembre de mil novecientos ochenta y nueve. Gente extraña celebró conjuntamente, no digamos la unidad de un pueblo y de una patria, sino el momento de una liberación. Los unía la euforia del momento y no un espíritu nacional. Algo tan simpático como falto de ideología.

Pero la política no supo aprovechar el entusiasmo del nuevo comienzo, sobre todo el gobierno de Bonn dio la impresión de que la caída del muro había sido un regalo de la historia, más que un desafío común para Este y Oeste: se prometió todo a todos. De nadie se pidió sacrificios: el canciller Kohl profetizó a la gente del Este "paisajes florecientes", mientras que al Oeste nada o muy poco le habría de costar tal primavera. Lo que se sembró entonces en esperanzas irreales puede verse hoy crecer en todas partes como decepción y amargura.

El caso más serio de la República se convirtió en pelota que se aventaban los partidos de Alemania Occidental. A corto plazo esto incluso dio resultados. Las sucursales de los partidos de Bonn ganaron en las últimas elecciones parlamentarias de la R.D.A., en marzo de mil novecientos noventa, cuatro quintas partes de los votos. Un claro mandato del electorado para unificar los dos estados a la mayor brevedad posible. Pero, a diferencia de Berlín-Este, donde los demócrata-cristianos, liberales y socialdemócratas formaron un gobierno de coalición, en Bonn la política de la unidad fomentó la polarización de los partidos. El motivo era evidente: a finales del año se celebrarían elecciones parlamentarias en Alemania Occidental.

Confieso que estoy simplificando las cosas. Pero la presión sobre el acuerdo de esta fecha electoral dividió a los partidos de Bonn, en

Christian Wernicke

momentos en que la unión habría sido lo indicado. En esos días se cavaron zanjas que hasta hoy no se han cerrado. Lo peor de todo fue que, como resultado, se creó una contradicción entre el sentido común económico y la habilidad política. Por un lado, el líder de la oposición socialdemócrata Oscar Lafontaine, advertía contra un desempleo masivo en el Este y una injusta distribución de las cargas en el Oeste. Sin embargo, su populismo germanoccidental le acarreó una inmensa impopularidad en Alemania del Este. Por su parte, el canciller Helmut Kohl se perfiló como figura de identificación nacional; habló optimistamente haciendo caso omiso de las advertencias de los economistas.

2. El camino hacia la unidad

34

Por favor, no me malentiendan: ni siquiera un consenso de los partidos en Alemania del Este y del Oeste habría evitado muchos errores cometidos en los últimos cuatro años. Nadie contaba con un plan bien elaborado para abordar la tarea sin parangón que suponía convertir una derruida economía planificada y dictadura en una próspera economía de mercado y democracia. Pero tal consenso al menos habría aliviado los graves problemas de la unificación alemana en dos aspectos:

- a) La disputa interna respecto a errores políticos y de política económica habría buscado y buscaría hoy, más que a los culpables, mejores soluciones.
- b) Desde un principio, la política habría puesto en claro que la carga de la reestructuración no debía recaer únicamente en los más débiles —los del Este—, sino que también en Occidente debía haber un cambio de actitud.

Pero ciertamente, los alemanes occidentales fueron más bien espectadores pasivos cuando en la primavera de mil novecientos noventa, comenzó la radical transformación de la economía y la sociedad de Alemania del Este. Esto significó, primero, demolición. La reconstrucción se inició más tarde. Seguimos esperando el segundo milagro económico alemán.

ALEMANIA CUATRO AÑOS DESPUÉS

Esta transformación en cierto modo evoca aquello que ustedes en América Latina conocen como "reestructuración"; que se aplica sobre todo a las tres dimensiones de este cambio —la súbita y total apertura de los mercados de Alemania del Este, el colapso de la industria de la R.D.A. y la privatización de empresas estatales.

A) El mercado cambiario de Alemania del Este abrió el 10 de noviembre de 1989, a eso de las nueve de la mañana. Doce horas tras la caída del muro abrieron los comercios en Occidente —y todo alemán oriental en posesión de *Deutsche Mark* comenzó a comprar sus productos. Como consumidores, los habitantes de la R.D.A. mostraron las mismas preferencias que como electores: Occidente fue su primera elección. Hasta entonces, la economía de la R.D.A. había estado protegida contra la competencia del mercado mundial capitalista, más que por barreras arancelarias, por un muro de concreto. Pero con la sustitución de exportaciones (no sólo de automóviles y radios, sino también de leche y papel higiénico), sobrevino el colapso del proteccionismo político. Esta tendencia se aceleró aún más con la unión monetaria que convirtió al *Deutsche Mark* en la moneda de la Alemania unida el 1° de julio de 1990. En pocos meses se contrajo a la mitad la producción industrial de la R.D.A. y comenzó a crecer el desempleo .

35

B) El colapso de la industria de la R.D.A. fue corroborado por un segundo efecto de la unión monetaria: la descabellada depreciación del marco oriental. La decisión puramente política de cambiar el marco de la R.D.A. al dos por uno, por *Deutsche Mark* encareció las exportaciones en 500% ó 600%. Con ello la R.D.A. en unas semanas perdió sus mercados tradicionales de Europa del Este. El comercio exterior con la antigua Unión Soviética quedó reducido a menos de una tercera parte. Centros industriales, como la planta siderúrgica de Eisenhüttenstadt y la petroquímica de Schwedt, habían sido construidos después de la Segunda Guerra Mundial en la preponderantemente agraria Alemania del Este, para exportar sus productos a la Unión Soviética, Polonia y Hungría. Pero ahora Moscú y Budapest debían pagar con divisas. Siendo así, lo mismo podían comprar en países de Occidente. La consecuencia: el ejército de desempleados creció aún más rápidamente.

Christian Wernicke

C) Finalmente, la privatización de las empresas de la R.D.A. puso en claro el derruido legado del socialismo. Dos cifras demuestran hasta qué punto hemos subestimado la catástrofe de la economía planificada. Aún en la primavera de mil novecientos noventa, el gobierno de la R.D.A. estimaba en ciento treinta billones de marcos los "bienes del pueblo", o sea, el capital real de la R.D.A. Hoy Bonn tiene la esperanza de que los gastos de privatización no devoren más de doscientos mil millones de marcos en subvenciones del Estado. La sociedad de fideicomiso, *Treuhand*, organismo central al cual estaban subordinadas prácticamente todas las empresas estatales antes del último gobierno de la R.D.A., ahora encargado de vender empresas a nombre del gobierno federal, no ha llevado a la quiebra a la economía de la R.D.A., pero demuestra su bancarrota. La *Treuhand* ha vendido más de doce mil empresas, contribuyendo con ello a la supresión, hasta hoy, de uno de cada tres de los casi diez millones de puestos de trabajo que había en la R.D.A.

O sea que las víctimas directas de esta radical reestructuración son tres millones y medio de personas. En lugar de "paisajes florecientes", la occidentalización del Este trajo un sombrío estancamiento industrial, aceptado por muchos como el precio de un futuro mejor. Comparados con sus compatriotas occidentales, los *Ossis* demuestran una sorprendente capacidad de sufrimiento. Sin embargo, la decepción que causó la "mentira del bienestar" de la política se convirtió en amargura al no llegar la esperada y prometida ayuda del Oeste.

Sólo cinco meses después de la unificación de los dos estados alemanes y tres después de las elecciones para el *Bundestag* (febrero de 1991), el gobierno de Bonn, que hasta entonces había tratado de sustentar los gastos de la unidad sólo con deudas, reconoció la magnitud de las carencias en Alemania del Este. Ésta fue —dicho sea de paso— la primera diferencia entre la transformación de Alemania del Este y el neoliberalismo —tal como se le conoce aquí, en América Latina. La segunda diferencia es lo que en Alemania Occidental desde hace más de dos años se conoce como "mentira fiscal". El gobierno se declaró insolvente y aumentó los impuestos. Esta medida, aunque económicamente acertada, causó graves estragos políticos. La gran mayoría de los alemanes occidentales vio confirmada su desconfianza, considerando que el gobierno había mentido con vistas a las elecciones, dañando al país por

ALEMANIA CUATRO AÑOS DESPUÉS

mero oportunismo, mientras que una minoría de *Wessis* se consideraba víctima de un fraude contra sus finanzas.

Como uno de quienes, desde entonces, tienen que pagar más impuestos, confieso: el alza de impuestos fue demasiado reducida y temporalmente limitada. Pero, sobre todo, se aplicó demasiado tarde. Por cierto, tampoco esto habría detenido la caída de la economía de la R.D.A., pero el aterrizaje en el abismo habría sido más suave, en términos económicos y psicológicos. Todo estudiante de economía sabe, después de cuatro semestres que, para integrar una economía potente con una decrepita es necesario invertir mucho dinero en fomento regional, o bien encarar un desempleo masivo. El Oeste ignoró este principio económico, y el precio tuvo que pagarlo el Este.

3. ¿Dónde estamos?

Dos rasgos fundamentales del proceso de unificación siguen caracterizando la política y la actitud mental en Alemania: hoy como ayer, los partidos de Bonn buscan más la confrontación que el común acuerdo en cuanto se habla de la unidad de la nación. Y hoy como ayer también, *Ossis* y *Wessis* se consideran extraños cuando se encuentran, lo cual no es muy frecuente. (Por ejemplo, muchos de mis colegas y amigos del Oeste durante los últimos cuatro años han visitado el Este no más de dos o tres veces. Mientras que algunos de mis conocidos del Este me han confesado que sólo consiguen superar la tensión que les provoca un viaje al Oeste, cuando están de regreso en la "Ex-R.D.A.".) Ambas sociedades se esquivan. Mientras de entre más de 60 millones de *Wessis*, unos 200.000 se ganan la vida como funcionarios o empresarios en el Este, luego del colapso económico de la R.D.A., de entre casi 17 millones de *Ossis*, 1.100.000 buscaron empleo en el Oeste, pero, se evitan recíprocamente alimentando prejuicios mutuos. Por ejemplo, en opinión de los alemanes del Este, un típico *Wessi* es arrogante, malcriado y egoísta; al tiempo que el típico *Ossi* es descrito en el Oeste como flojo, cándido y conformista. Por terrible que sea la brutal xenofobia de algunos jóvenes radicales, la plaga masiva de los alemanes es más bien un "rechazo interno".

Christian Wernicke

Este y Oeste están unidos por una profunda decepción en torno a la política de la unificación. He mencionado dos motivos importantes: “la mentira del bienestar” y “la mentira fiscal”. Pero las causas económicas y sociales de la incertidumbre en Este y Oeste son muy distintas. Comenzaré con el Este.

Como decía, en Alemania del Este 3,5 millones de personas perdieron su empleo. De 3,5 millones de empleos en la industria, sólo quedó una quinta parte, es decir, unos 700.000. Tres de cuatro personas que antes laboraban en la agricultura hoy están sin empleo. Sólo la construcción experimenta un auge. En el sector terciario —comercio y bancos— se generan nuevos empleos y se fundan nuevas pequeñas empresas. El punto más bajo del declive económico ya ha sido alcanzado. Desde muy abajo, las cosas van mejorando lentamente.

Pero falta la base industrial, la producción, si bien también aquí se invierte. Este año se habrán destinado unos 26.000 millones de marcos, que alcanzarían para generar unos 90.000 nuevos empleos anuales en este sector —pero, que en promedio, es menos de lo que se destruyó, en un lapso de dos meses durante los últimos cuatro años. En otras palabras, está claro que en los cinco nuevos Estados Federados nunca se generarán tantos empleos como los perdidos en la R.D.A.

38

Esto obviamente repercute en el estado de ánimo y provoca temor ante el futuro. Los alemanes del Este ni siquiera se atreven a fundar una familia: el número de casamientos se redujo a la mitad y, estadísticamente puede observarse que de 10 niños nacidos aún en 1985, desde 1992 sólo nacerán 3; una disminución en la natalidad semejante a la de tiempos de guerra.

Este proceso se relaciona también con el hecho de que sobre todo las mujeres son víctimas de la unificación, que con un desempleo del 21,5% en el Este doblan el de los hombres allí mismo y superan ampliamente el nivel de sus hermanas en el Oeste. Dos de cada tres desempleados en el Este son mujeres. La causa de esto es, una vez más, la “occidentalización” de la R.D.A., que con su baja productividad había fomentado la integración de la mujer con muchas medidas sociales.

Por ejemplo, las empresas de ciertas dimensiones tenían su propio jardín de niños, que permitía que trabajaran nueve de diez ciudadanas de la R.D.A. en edad laboral (comparativamente, en el Oeste, la proporción de mujeres económicamente activas es de aproximadamente 55%).

ALEMANIA CUATRO AÑOS DESPUÉS

Suprimidos los empleos y programas sociales, las mujeres son las primeras sin trabajo.

Además de las mujeres, la carga de la reestructuración recae sobre un grupo comprendido entre los 55 y los 65 años de edad, unas 840.000 personas que deben jubilarse por anticipado —el fin de la R.D.A. marcó el final de su carrera, independientemente de su ideología y cualificación. Esta generación ni siquiera aparece en las estadísticas de desempleo; para ellos el cambio llegó simplemente demasiado tarde.

Desempleados, mujeres y jubilados por anticipado constituyen un 40% de los habitantes del Este que se vieron "más bien decepcionados" por la unidad alemana. No obstante, sorprendentemente, el 58% de esta sociedad reconoce que la unidad les ha traído "más bien ventajas", y 7 de cada 10 declaran que su situación económica es "buena" o incluso "muy buena".

Pero ¿por qué más de dos terceras partes de los alemanes del Este están relativamente satisfechos con su situación personal, a pesar de los problemas que se derivan de la fundamental crisis económica y social? Esto no sólo se debe a la alegría despierta por la nueva libertad política, sino también a otras causas.

Primero, entre los satisfechos figura aquel tercio de la población que se define como ganador por la unidad. Son sobre todo hombres, jóvenes, y profesionistas con ingresos por encima del promedio. Se benefician de la occidentalización, de la diferenciación de la sociedad anterior, supuestamente "sin clases sociales", porque tienen trabajo, y quien trabaja en el Este gana casi el 70% de un salario en el Oeste. Y aquí, una vez más, el acelerado aumento de salarios es algo deseado por la política, pero, en sentido económico, una insensatez. Porque la productividad en el Este no ha alcanzado ni siquiera la mitad del nivel del Oeste. Esto significa, por ejemplo, que la producción de un tornillo, que cuesta un marco en el Oeste en el Este cuesta 1,75. Así no puede competir la economía del Este. Además, aunque algunos que trabajan —cada vez menos— ganan cada vez más, el número de desempleados crece continuamente.

Como decíamos, sólo una tercera parte de la población se cuenta entre los ganadores a causa de la unidad. Pero ¿por qué están satisfechas personalmente más de dos terceras partes de la población? Porque muchos, incluso como jubilados o desempleados, se benefician de una duplicación del ingreso neto promedio en el Este, posible gracias a que

Christian Wernicke

duplicación del ingreso neto promedio en el Este, posible gracias a que cada año hay unos 100.000 millones de dólares en transferencias del Oeste al Este; es decir, más de 170.000 millones de marcos en ayuda para el desarrollo —unos 12.000 marcos por cada habitante del Este. Casi tanto como lo que en promedio producen los alemanes del Este durante un año. En otras palabras, la ayuda de Occidente duplica el ingreso per cápita en el Este, lo cual es mucho, tranquiliza a las personas y realmente genera empleo —por ejemplo, 500.000 empleos en la construcción de calles y viviendas y 70.000 en la protección ambiental.

Ahora bien, éste es un bienestar prestado —y la gente lo reconoce de manera realista. No puede ocultar la situación desastrosa de la economía del Este. Si en vez de la situación personal, preguntamos por la general, obtenemos una imagen muy diferente: El 83% de los *Ossis* opina que la situación económica en el Este es “mala” e incluso “muy mala”, contradicción que se explica sobre todo por las transferencias del Oeste.

40 En la actualidad, casi todo se concibe en Alemania en categorías de Este y Oeste. Parafraseando a Marx, el ser individual cuenta más que la conciencia colectiva. Más que nunca los del Este se conciben como alemanes de segunda clase, y esto tiene consecuencias políticas: resignación, apatía e idealización del pasado. En la memoria de una mayoría de ciudadanos de la antigua R.D.A., los siguientes aspectos aparecen como puntos especialmente valiosos de la dictadura socialista: atención a la infancia; seguridad social; convivencia humana; providencia del estado; justicia social; e incluso un sistema escolar, aunque represivo y adoctrinante, igualitario.

La imagen inversa de esta idealización del Este es la desilusión respecto al Oeste, si bien se continúan reconociendo ventajas en la democracia y la economía de mercado. Prácticamente nadie desearía el regreso de la antigua R.D.A., pero el entusiasmo se va desvaneciendo en torno al rendimiento y eficacia de la economía, nivel de vida material, libertad individual y protección ambiental.

Sin embargo, la imagen de Occidente se ha deteriorado sobre todo con respecto a la protección del Estado contra arbitrariedades, oportunidades profesionales y de participación política. Profundamente alarmante es la opinión sobre el sistema político: después de tres años como ciudadanos de la República Federal, sólo una minoría del 42% considera a la democracia de partidos de corte occidental como un punto fuerte

ALEMANIA CUATRO AÑOS DESPUÉS

del nuevo orden. En la elección entre democracia y dictadura ni siquiera uno de cada dos alemanes del Este reconoce una ventaja decisiva a favor de Occidente. Esto también es consecuencia de frustrados sueños excesivos sobre Occidente.

El Oeste de Alemania, como he mencionado, presenta desilusión en torno a la política, pero entretanto también ha cambiado la situación económica y social en la parte antigua de la República Federal; aunque no sólo como consecuencia de la unidad.

La transferencia de los mencionados 12.000 marcos por habitante del Este como ayuda para el desarrollo, implica que cada ciudadano del Oeste paga unos 3.000 marcos al año como precio de la unidad, y no todos lo hacen con gusto.

Pero estos gastos se hicieron evidentes sólo un año o año y medio después. Porque la caída del muro primero trajo consigo para Occidente un auge económico, dado que los *Ossis* compraban sobre todo allí. Asimismo, muchas empresas de esta parte se benefician hasta hoy de inversiones en infraestructura en el Este. En otras palabras, buena parte de la transferencia del Oeste al Este regresa al Oeste en forma de consumo o pedidos.

Así ocurrió que Alemania resultó afectada por la crisis coyuntural mundial en forma tardía, y desde hace un año junto a los problemas de transformación del Este enfrenta el estancamiento en el Oeste.

Este estancamiento obedece a que, en tanto se gana menos, hay menos que distribuir. El Estado social, hasta ahora garante de la paz social en la República Federal, se topa con sus límites e incluso los excede, hecho que causa incertidumbre en muchos. La transferencia hacia el Este exagera aún más la situación, dado que son los ciudadanos de los estratos más bajos quienes soportan gran parte de la carga.

La causa de esto se origina en que la política tuvo miedo de obrar abierta y honestamente y distribuir equitativamente entre todos los gastos de la unidad, a través de un impuesto nacional, teniendo entonces que recurrir a otras fuentes, sobre todo a los seguros sociales. De las cuotas aportadas por los trabajadores y empleados de Alemania Occidental para sus seguros de desempleo y jubilación han de fluir al Este 230.000 millones de marcos hasta 1996, lo cual es un abuso, dado que los empresarios y las profesiones liberales no participan con un solo marco en estos costos.

Christian Wernicke

El primer efecto que repercute negativamente en los estados de ánimos de Occidente, es que, en términos relativos, la unidad cuesta más a los que menos ganan. El segundo efecto apenas se hace sentir y va en aumento. Desde el pasado verano tan sólo en Occidente, 600.000 personas han perdido su trabajo. Pero los fondos del seguro de desempleo, que debe transferir anualmente 30.000 millones de marcos al Este, están vacíos. Como consecuencia, se ahorra no sólo con los desempleados sino en casi todos los servicios sociales.

Esto, aunque macroeconómicamente es acertado, políticamente es peligroso, porque son muchos quienes se quejan y no sólo desde los sindicatos: la unidad alemana, opinan, fomenta una redistribución del ingreso de "abajo" hacia "arriba", y cómo se imaginarán, esto enturbia la alegría de la unidad en libertad.

De los 3,5 millones de desempleados en Alemania, actualmente 2,3 millones viven en el Oeste. Esto quiere decir que dos de tres desempleados son *Wessis*. Previsiblemente el desempleo aumentará, para alcanzar, por lo menos, 4 millones el año próximo. Y los nuevos desempleados serán casi exclusivamente del Oeste.

42 Este estancamiento no es consecuencia de la unidad, pero ésta impide que Occidente continúe ocultándolo con mayores gastos sociales y subvenciones. La Alemania unida ha heredado una montaña de problemas acumulados, que ahora reclaman resolverse.

La verdadera causante del agravamiento es la crisis estructural que, como en otros países industrializados, con un crecimiento cada vez menor produce mayores tasas de desempleo. Según pronósticos de los economistas, hasta el año 2010 Alemania perderá casi 3 millones de puestos de trabajo en la industria. En el comercio se suprimirá uno de cada diez empleos, en la agricultura casi uno de cada dos. En la minería sólo se conservará uno de cada tres. Y no es seguro que esta conversión de sociedad industrial a sociedad de servicios genere suficiente empleo. Sea como sea, primero habrá despidos sin que haya contrataciones. Incluso la industria automotriz en los próximos 6 años va a racionalizar la mitad de sus empleos. En la Volkswagen de Wolfsburg, símbolo del milagro económico germanoccidental, el próximo año sólo habrá trabajo y salarios para cuatro días.

Así, desde hace tiempo las diferencias y conflictos entre pobres y ricos amenazan con agudizarse. Un espectro pulula en Alemania, el fantasma

ALEMANIA CUATRO AÑOS DESPUÉS

de la "sociedad de las dos terceras partes". Dos terceras partes viven en bienestar, una tercera parte se verá marginada: desempleados, madres solteras y obreros sin formación ni trabajo seguro. Por consiguiente, una sociedad alemana solidaria en el futuro debería cargar la cruz de dos cometidos: un puente entre Este y Oeste que, al mismo tiempo, mantenga el enlace entre "arriba" y "abajo".

4. ¿A dónde va el viaje?

Alemania no va a ser una casa de pobres. Ustedes en México (o en Nicaragua, Perú, Colombia) probablemente estarían contentos si "nada más" tuvieran nuestros problemas. El producto social de Alemania del Este sobrepasa hoy los 8.500 dólares al año, sin contar las transferencias de Occidente, lo cual es más del triple del promedio de México (y más de 10 veces el de Nicaragua, más de 7 veces el de Perú y también más de 7 veces el de Colombia). Pero esto difícilmente sirve como indicador o consuelo a un alemán. El *Ossi* se compara con el *Wessi*, que tiene el triple. Y el *Wessi*, por su parte, más bien piensa en los buenos tiempos pasados, cuando cada año podía ganar un poco más. Pero ahora todos deben cambiar de actitud. En el Este ya se ha avanzado al respecto, pero en el Oeste la adaptación a la nueva realidad apenas empieza.

43

Por ahora lo único claro es que el Este tendrá que seguir recibiendo transferencias de Occidente durante años, que el cambio histórico en el Oeste será acelerado. En la medida en que disminuye la voluntad de compartir la carga, entre Este y Oeste, los márgenes para resolución de conflictos serán cada vez más estrechos.

Permítanme ilustrar esto con el ejemplo de las dos huelgas actuales. En el Este, contra el cierre de una improductiva mina de potasio, protestan mineros con una huelga de hambre. La sal que allí se obtiene es, en promedio, 70 marcos más cara por tonelada que en Occidente. Una huelga semejante habría sido inconcebible en el Este hace dos años. Por otra parte, este otoño comenzaron a protestar miles de trabajadores de las minas de carbón de la Cuenca del Ruhr, en el Oeste. Exigen que el gobierno continúe subvencionando cada tonelada de carbón hasta con 200 marcos del presupuesto estatal. Los ejemplos muestran tres cosas. Primera: se acabó la paciencia en el Este. Segunda: La obligatoriedad de

Christian Wernicke

la reestructuración también ha llegado al Oeste. Tercera: Gastar miles de millones para subvencionar industrias obsoletas es un lujo que la nueva república no se puede permitir.

El debate político acaba de comenzar y, desde luego, hasta ahora no se ha alcanzado un consenso nacional para el futuro, ni entre Este y Oeste, ni entre "arriba" y "abajo". Pero, al menos, van aumentando en el gobierno y la oposición las voces con sentido común, vislumbrándose dos tendencias:

En primer lugar, el Este debe olvidar el sueño de alcanzar el nivel del dorado Occidente en cinco o siete años. La nivelación de las condiciones de vida probablemente tardará una generación. Entretanto, algunos políticos se atreven a decir abiertamente la amarga verdad: que sueldos y salarios sólo pueden subir al mismo ritmo que la productividad, y que, mientras tanto es preferible que en el Este muchas personas ganen un poco menos.

44 Por otra parte, en toda Alemania se ha iniciado un debate sobre la crisis de la sociedad laboral, que gira en torno a los costos del estado social. Poco a poco nos damos cuenta de que Alemania nunca podrá producir acero, autos, carbón ni textiles tan barato como Polonia o México. La República Federal para el siglo 21 sólo podrá salvaguardar su nivel de vida, riqueza y unidad interna si se decide a invertir fuerte en capacitación profesional y tecnologías con futuro, para lo que será necesario el común acuerdo y entrega de cada individuo y grupo social.

Pero todavía no llegamos a eso. Por lo pronto, los alemanes están ensimismados y algo inseguros. Un sondeo con motivo del tercer aniversario de la nueva Alemania reveló que uno de cada cinco considera que la reunificación fue un error, y pueden estar seguros que los cuatro restantes no comparten un entusiasmo eufórico.

La República Federal ahora es el país grande en el centro de Europa; pero es necesario que los alemanes encuentren su propio centro.

Tal vez entonces recuperen la capacidad de reírse de sí mismos, de alegrarse y albergar menos temores en torno a la nueva libertad. Y quizá sólo entonces comprendan también su mayor responsabilidad internacional en el Norte y el Sur. Ténganles un poco de paciencia. Quizá de esa misma que me han brindado hoy a mí y a mi español. Muchas Gracias.